

La calle para el martes doce de octubre de 2010
Diario de un espectador
Vargas Llosa y José Emilio
Miguel ángel granados chapa

El 23 de septiembre la Universidad Nacional hizo doctores honoris causa a Mario Vargas Llosa y a José Emilio Pacheco, grandes escritores que habían recibido ya el Premio Cervantes, al que se denomina el Nobel de lengua española. En ese momento y más ahora, cuando el escritor nacido en Perú ha merecido el premio fundado por el inventor de la dinamita, se ha recordado la cercanía entre ambos, una amistad que llegó a ser muy estrecha.

La recuerda José Emilio, a petición de Rafael Vargas, que en su función de cronista de la vida literaria tanto se asemeja al propio Pacheco, por su erudición discreta pero eficaz. En 1962, Vargas (entonces no usaba el Llosa, como después) vino a México, como reportero de la radiodifusión francesa. Trajo una tarjeta de presentación de Claude Couffon para José Emilio, que lo acogió con eficacia: “Logré que algunos escritores de la época se reunieran con él a fin de que, como pedía Couffon, Vargas los entrevistara.

“El joven Mario me cayó muy bien. Lo invité a mi casa y lo llevé a recorridos por el México solar y por la ciudad nocturna que hoy serían imposibles de hacer sin riesgo de la vida. Le encantaron los más sórdidos cabarets mexicanos. Vio en ellos una cultura popular que llegaba hasta Panamá sin mayores cambios. Para mi eterna confusión y vergüenza le hablé a Mario sin vanidad y pretensiones, pero como si yo fuera el escritor que en ese momento corregía las pruebas de su primer libro, *Los elementos de la noche*, y él nada más un joven inteligente y simpático. Un día me dijo: ‘a mi también me gusta escribir. He hecho una novela muy extensa, *La morada del héroe*, que no tengo la menor posibilidad de editar en Perú:

“Nos despedimos con la certeza de que no volveríamos a vernos, pues yo no tenía recursos para salir del país”. (*Proceso*, 10 de octubre)

Rafael Vargas recuerda que “Vargas Llosa hace una somera referencia a esos días en la entrevista que sostuvo con Elena Poniatowska en París, en 1965, cuando ésta le preguntó si no sentía deseos de ser padre. Vargas Llosa le respondió:

‘Yo vivo para escribir. (se ríe). ¡Pero no pongas esa cara!. Fíjate qué raro... Un día fui a comer con los Pacheco, con José Emilio y con su mujer, Cristina. ¿Qué bonita muchacha, verdad?, ¡Qué dulce!. Y allí estaban los dos, muy jóvenes, y en medio esa cosa pequeñita que reclamaba atención y pedía esto, y lo otro, y entre los tres había una unión, una complicidad que me hizo sentir viejo, viejo y solo...”

La morada del héroe, la novela de que el peruano habló al mexicano, se convirtió en *La ciudad y los perros*. Y como dijimos el viernes aquí, el mismo Claude Couffon que presentó a Vargas Llosa ante Pacheco, envió el manuscrito a Carlos Barral, director de la editorial catalana Seix Barral, que consiguió el premio Biblioteca breve para esa obra, con lo cual se inició el interés ibérico por las letras españolas de América Latina.

“En Garibaldi —dice Pacheco recordando aquel 1962—hablamos de nuestras preferencias literarias y de escritores que en ese tiempo nadie leía, Azorín, por ejemplo, a quien le dedicó en los noventa su discurso de ingreso a la Academia, y Samuel Beckett”.

Esa comunidad de intereses condujo a que intentaran traducir al alimón un libro de Becket, empresa que se frustró. Eso no obstante, intercambiaron sus libros. El peruano hizo la primera reseña del primer poemario del mexicano.